

FILOSOFÍA Y CIENCIA HELENÍSTICA

Que nadie, mientras sea joven, se muestre remiso en filosofar, ni, al llegar a viejo, de filosofar se canse. Porque, para alcanzar la salud del alma, nunca se es demasiado viejo ni demasiado joven.

Quien afirma que aún no le ha llegado la hora o que ya le pasó la edad, es como si dijera que para la felicidad no le ha llegado aún el momento, o que ya lo dejó atrás. Así pues, practiquen la filosofía tanto el joven como el viejo; uno, para que aún envejeciendo, pueda mantenerse joven en su felicidad gracias a los recuerdos del pasado; el otro, para que pueda ser joven y viejo a la vez mostrando su serenidad frente al porvenir. Debemos meditar, por tanto, sobre las cosas que nos reportan felicidad, porque, si disfrutamos de ella, lo poseemos todo y, si nos falta, hacemos todo lo posible para obtenerla.

Los principios que siempre te he ido repitiendo, prácticalos y medítalos aceptándolos como máximas necesarias para llevar una vida feliz. Considera, ante todo, a la divinidad como un ser incorruptible y dichoso -tal como lo sugiere la noción común- y no le atribuyas nunca nada contrario a su inmortalidad, ni discordante con su felicidad. Piensa como verdaderos todos aquellos atributos que contribuyan a salvaguardar su inmortalidad. Porque los dioses existen: el conocimiento que de ellos tenemos es evidente, pero no son como la mayoría de la gente cree, que les confiere atributos discordantes con la noción que de ellos posee. Por tanto, impío no es quien reniega de los dioses de la multitud, sino quien aplica las opiniones de la multitud a los dioses, ya que no son intuiciones, sino presunciones vanas, las razones de la gente al referirse a los dioses, según las cuales los mayores males y los mayores bienes nos llegan gracias a ellos, porque éstos, entregados continuamente a sus propias virtudes, acogen a sus semejantes, pero consideran extraño a todo lo que les es diferente.

Acostúmbrate a pensar que la muerte para nosotros no es nada, porque todo el bien y todo el mal residen en las sensaciones, y precisamente la muerte consiste en estar privado de sensación. Por tanto, la recta convicción de que la muerte no es nada para nosotros nos hace agradable la mortalidad de la vida; no porque le añada un tiempo indefinido, sino porque nos priva de un afán desmesurado de inmortalidad. Nada hay que cause temor en la vida para quien está convencido de que el no vivir no guarda tampoco nada temible. Es estúpido quien confiese temer la muerte no por el dolor que pueda causarle en el momento en que se presente, sino porque, pensando en ella, siente dolor: porque aquello cuya presencia no nos perturba, no es sensato que nos angustie durante su espera. El peor de los males, la muerte, no significa nada para nosotros, porque mientras vivimos no

existe, y cuando está presente nosotros no existimos. Así pues, la muerte no es real ni para los vivos ni para los muertos, ya que está lejos de los primeros y, cuando se acerca a los segundos, éstos han desaparecido ya. A pesar de ello, la mayoría de la gente unas veces rehuye la muerte viéndola como el mayor de los males, y otras la invoca para remedio de las desgracias de esta vida. El sabio, por su parte, ni desea la vida ni rehuye el dejarla, porque para él el vivir no es un mal, ni considera que lo sea la muerte. Y así como de entre los alimentos no escoge los más abundantes, sino los más agradables, del mismo modo disfruta no del tiempo más largo, sino del más intenso placer.

EPICURO, *Carta a Meneceo*

Hay que saber que, de los deseos, unos son necesarios, los otros vanos, y entre los naturales hay algunos que son necesarios y otros tan sólo naturales. De los necesarios, unos son indispensables para conseguir la felicidad; otros, para el bienestar del cuerpo; otros, para la propia vida. De modo que, si los conocemos bien, sabremos relacionar cada elección o cada negativa con la salud del cuerpo o la tranquilidad del alma, ya que éste es el objetivo de una vida feliz, y con vistas a él realizamos todos nuestros actos, para no sufrir ni sentir turbación. Tan pronto como lo alcanzamos, cualquier tempestad del alma se serena, y al hombre ya no le queda más que desear ni busca otra cosa para colmar el bien del alma y del cuerpo. Pues el placer lo necesitamos cuando su ausencia nos causa dolor, pero, cuando no experimentamos dolor, tampoco sentimos necesidad de placer. Por este motivo afirmamos que el placer es el principio y fin de una vida feliz, porque lo hemos reconocido como un bien primero y congénito, a partir del cual iniciamos cualquier elección o aversión y a él nos referimos al juzgar los bienes según la norma del placer y del dolor. Y, puesto que éste es el bien primero y connatural, por ese motivo no elegimos todos los placeres, sino que en ocasiones renunciamos a muchos cuando de ellos se sigue un trastorno aún mayor. Y muchos dolores los consideramos preferibles a los placeres si obtenemos un mayor placer cuanto más tiempo hayamos soportado el dolor. Cada placer, por su propia naturaleza, es un bien, pero no hay que elegirlos todos. De modo similar, todo dolor es un mal, pero no siempre hay que rehuir del dolor. Según las ganancias y los perjuicios hay que juzgar sobre el placer y el dolor, porque algunas veces el bien se torna en mal, y otras veces el mal es un bien.

EPICURO, *Carta a Meneceo*

Una acción cualquiera que se termina a su tiempo nada desmerece por haberse terminado, ni recibe menoscabo alguno quien la puso en ejecución por el hecho de haberla concluido. De la misma manera, pues, el conjunto de todas las acciones que integran la vida, si ésta cesare a su tiempo, no experimenta ningún daño, sólo por eso de haber cesado, ni tampoco será vejado el que hubiere

concluido con oportunidad la serie de sus acciones. En cuanto al momento oportuno y al término, es la naturaleza quien los fija, a veces la naturaleza individual, como sucede al que muere en la vejez, y casi siempre la naturaleza universal, cuyas partes se transforman de tal manera, que el mundo en su totalidad es siempre joven y está en sazón. Además de que todo lo conducente al universo es siempre bello y tempestivo; luego, el fin de la vida no es un mal para ningún particular, no siendo vergonzoso, puesto que no depende del libre albedrío y no perjudica a la comunidad; es, por el contrario, un bien, pues es oportuno, congruente y adaptado al proceso universal. Y a la verdad, de este modo sería llevado por un soplo divino el que se conformase en todo con Dios y se encaminase al mismo fin con aguda reflexión.

MARCO AURELIO, *Meditaciones*

Nada concierne menos al hombre ajetreado que el vivir: en ningún otro asunto es el conocimiento más difícil. Los que profesan otras disciplinas son muchos y del montón; incluso en algunas de ellas hay niños que parecen aprenderlas de manera que hasta podrían enseñarlas: a vivir hay que estar aprendiendo toda la vida y, algo que te va a extrañar más, toda la vida hay que estar aprendiendo a morir.

Tantos hombres grandes, abandonando toda impedimenta, después de haber renunciado a riquezas, cargos, placeres, practicaron hasta el final de sus días eso tan solo de saber vivir; sin embargo, la mayoría de ellos salió de la vida admitiendo no saberlo todavía; así que mucho menos habrían de saber vivir esos otros hombres corrientes.

SÉNECA, *Sobre la brevedad de la vida*

Definiciones

Un punto es lo que no tiene partes.

Una línea es una longitud sin anchura.

Los extremos de una línea son puntos.

Una línea recta es aquella que yace por igual respecto de los puntos que están en ella.

Una superficie es aquello que sólo tiene longitud y anchura.

Los extremos de una superficie son líneas.

Una superficie plana es aquella superficie que yace por igual respecto de las líneas que están en ella.

EUCLIDES, *Elementos*

Postulados

Postúlese:

Trazar una línea recta desde un punto cualquiera a otro punto cualquiera.

Prolongar de una manera ilimitada en línea recta un segmento.

Describir un círculo para cada centro y cada radio.

Todos los ángulos rectos son iguales.

Si una recta, al incidir sobre otras dos, forma del mismo lado ángulos internos menores que dos rectos, las dos rectas prolongadas al infinito se encontrarán en el lado en que estén los ángulos menores que dos rectos.

EUCLIDES, *Elementos*

Los sólidos aquellos que, tamaño a tamaño, son de igual peso con el fluido, si los deja caer en el fluido, se sumergen de tal forma que no se proyectan sobre la superficie pero no se hunden más abajo.

(...)

Cualquier sólido más ligero que un fluido, si es colocado en el fluido, el peso del sólido será igual al peso del fluido desplazado.

(...)

Si un sólido más ligero que un fluido está en reposo dentro de éste, el peso del sólido es al peso del mismo volumen en fluido, como la porción sumergida del sólido es a todo el sólido.

ARQUÍMEDES, *Sobre los cuerpos flotantes*

Entonces, en el tratado que nosotros proponemos, el primer fin de la empresa es comprender *la relación de la Tierra tomada en su totalidad [con respecto a] los cielos tomados como un todo.*

(...)

La discusión general preliminar cubre los siguientes temas: el cielo es de forma esférica, y se mueve como una esfera, también la Tierra es de forma sensiblemente esférica, cuando es tomada en su totalidad; en la posición que esta se ubica en medio de los cielos muy parecida a su centro, en tamaño y en distancia esta tiene la proporción de un punto en la esfera de las estrellas fijas, y no tiene [ningún] movimiento de un lugar a otro lugar.

CLAUDIO PTOLOMEIO, *Almagesto*

Schema huius præmissæ diuisionis Sphærarum .



Modelo ptolemaico del universo